

## EL LIBERTADOR

Por J. B. Boussingault.

Simón Bolívar era un hombre pequeño, de estatura un poco menor que la mediana, tenía una cabeza desproporcionada a su tamaño, era muy enérgico, de mirada viva, ojos pardos, cabellos negros, tinte lustroso, brazos bastante largos, miembros delgados y una gran vivacidad en los movimientos.

El General estaba en ese entonces en su mayor apogeo. Su poder era casi ilimitado. Casi siempre llevaba un vestido que recordaba el que ordinariamente usaba Napoleón: el de los granaderos de la guardia imperial. El Emperador era el ideal de Bolívar. Con los franceses hablaba con gusto de él. Conocía perfectamente su historia.

Me acuerdo que en una visita oficial que le hice, yo tenía un bastón de mando; los oficiales superiores lo deben llevar, hecho de encina y el cual tenía por mango un busto de Napoleón. Durante toda la conversación Bolívar no apartó el bastón de sus ojos, de tal manera que creí de mi deber ofrecérselo. Yo no sé si él lo aceptó. Es probable, porque yo no volví a tener mi bastón de encina.

Bolívar era expansivo, benévolo con los inferiores, generoso hasta el exceso. Vivía de una manera sencilla, sobria, pero amaba las mujeres y era buscado por ellas como acontece a los hombres poderosos. En su juventud había sido casado; quedó viudo sin hijos, y quizás a esta última circunstancia se debe el que hubiera rechazado todas las ofertas que se le hicieron, de colocarlo en el trono.

Cuando los negocios políticos no lo preocupaban, él era muy afectuoso y reía hasta más no poder. Sabía conversar muy bien, y con los íntimos tomaba un tono burlón poco agradable para el interlocutor.

Era, sin embargo, un espíritu fino, un hombre de una buena educación, pero de una gran susceptibilidad y de una rara vanidad. Sus enojos eran casi siempre grotescos y por consiguiente de mal tono; sin em-

bargo, la tormenta duraba poco y tomaba prontamente su amable carácter otra vez.

Dos ejemplos, el uno de su vivacidad y el otro de su vanidad.

Su zapatero, antiguo oficial francés, estaba un día midiéndole un par de botas y no cesaba de hablar de las campañas del Imperio, agregando siempre este estribillo:

¡Ah! ¡era un General ese Napoleón!

Repetió este tántas veces, que Bolívar dándole en cualquier parte una patada, díjole:

¿Y yo, que soy pues?

Yo fui un día a Ibagué para entregar un pliego a Bolívar cuando éste venía del Perú bastante entristecido. Invitóme a comer, y aun cuando yo fuese el más inferior de todos, me hizo sentar cerca de él. Estábamos en la casa del Cura. Pepe París, el amigo íntimo del General, asistía en la comida. Bolívar al servir la sopa dijo en francés: (él lo hablaba correctamente).

¡Vamos, señores, al rancho!

La conversación fué de lo más animada; queriendo yo hacerle la corte, dije:

General, he recibido de Francia un número de "*El Globo*" en el cual se hace el más alto elogio de Vuestra Excelencia.

Yo me decía a mí mismo: "El General se va a encantar". Ah, pues bien: he aquí que puso un rostro amenazante y dice montado en cólera:

¡Cómo! hay en un periódico de Europa un artículo que me es favorable y no lo habéis traducido: Sin duda si se me atacase, si se me criticasen mis actos, la traducción no se haría esperar.....y continuó de esa manera. Yo me dije: "Bien hecho; esto te enseñará a ser cortesano".

Felizmente, Pepe París intervino para sacarme del apuro diciendo: General, se traducirá el artículo.

Fué un calmante que obró instantáneamente.

El Jefe no me guardó rencor, pues tomando el café, Bolívar acercóseme y díjome: que quería estable-

cer una Escuela militar en Bogotá, donde se daría a los jóvenes oficiales una buena educación científica, añadiendo que me nombraría su Director. Acepté agradecido, pero con la firme intención de no encargarme de tan difícil misión. Hice bien: Pedí y obtuve el permiso de terminar mi excursión al volcán del Tolima de donde no volvería a Bogotá. Yo era poco aficionado a los honores, y había resuelto volver a Francia.

Cuando el Libertador partió para Bogotá, salió de Ibagué acompañado de una numerosa cabalgata. Cierta Doctor, una de las más estimadas personalidades de la Provincia, estaba al lado del General quien lo abrumaba a preguntas:

—¿De quién son estos campos?

—De tál, respondía el Doctor.

—¿Y estos cultivos de caña de azúcar, y estos campos de trigo, de índigo, de maíz?

—Son de tál, respondía el Doctor, indicando, sin vacilar, el nombre del propietario.

Yo me aproximé a este Doctor tan informado y le pregunté:

—¿Habéis hecho el catastro del País?

—Oh! Yo no conozco a nadie, pero cuando un gran personaje os pregunte algo, responded sin vacilación.

¡Que esto os sirva de lección!

Cuando salíamos de la ciudad, los niños de la Escuela colocados a lo largo del camino gritaban a más no poder: ¡Viva el Libertador! El General saludaba y sonreía.

—D. Francisco, le dije al Maestro de la Escuela, que era de los de la comitiva; vuestros alumnos son cálidos patriotas!

—Ni mucho menos. ¿No habéis observado el hombre colocado detrás de ellos el cual les da latigazos cuando no gritan duro? El medio es infalible. Así lo hago cuando viene la visita de un Arzobispo o de un Gobernador.

La cabalgata se detuvo entre Chipalo y Piedras. Este fué el momento de los adioses. Cuando me acerqué respetuosamente a Bolívar para hacerle un saludo militar, él me dió un abrazo, diciéndome: "hasta luégo".

Su fisonomía llevaba impreso el sello de la enfermedad: Yo sabía que no lo vería más. Poco después, él sucumbía, arruinado por la tisis.

El Libertador había sufrido mucho. Estaba gastado por su misma prodigiosa actividad. Cuando llegó al apogeo de la gloria, su nombre se hizo popular en los dos mundos. Había sustraído la América meridional a la dominación española. Poseyó una gran fortuna al principio de su carrera, y murió pobre; pero había vivido quince años de ilusiones; es mucho para el curso de una existencia.

Bolívar conocía a Europa. Había vivido en la Corte de España en su juventud, y era amigo de hombres eminentes: Yo puedo citar a Gay-Lussac, Humboldt y de Buch, entre los sabios. En América, a pesar de su poder, cuando él consideraba lo que le rodeaba, lo que se llamaba su ejército, lo que él llamaba su Estado Mayor, no podía menos de hacer comparaciones.

Sus éxitos contra las tropas españolas, sus enfáticas proclamas, tuvieron una gran resonancia en el mundo libre: ellas emanaban como de un potente dictador. El prestigio fué inmenso durante un momento, pero cuando miraba a su lado, él veía la falta de recursos, aun la pobreza. Su palacio era una bicocha y sus soldados desaliñados. Su vanidad sufría con esto. Nunca tuvo el valor de aceptar su verdadera y gloriosa condición: *Un Jefe* inteligente de guerrilla.

Visto de lejos, parecía rodeado de una aureola que desaparecía a medida que se le contemplaba de cerca. El lo sabía, y era por esto por lo que eludía en lo posible el contacto con el mundo diplomático: prefería que no lo viesen: he aquí una prueba:

El Gobierno de los Borbones se había mostrado hostil a la insurrección de las colonias españolas. Sin

embargo, él fué arrastrado por el movimiento que se acentuaba más cada día en favor de la independencia americana; el reconocimiento de las nuevas Repúblicas por los Estados Unidos, Inglaterra y Holanda y las ventajas comerciales que de reconocerlas sacaría, determinaron a Francia a que enviara un Comisario real a Colombia, acreditándolo ante el Libertador.

El Comisario enviado fué M. Besson acompañado del Duque de Montebello. El llegó a Bogotá cuando Bolívar se hallaba en el Sur, en Quito creo yo. M. Besson escribióle pidiéndole permiso para ir al cuartel general a presentar las cartas que ante él lo acreditaban.

La respuesta se hizo aguardar. Al tiempo, Bolívar dió a entender que iría a Bogotá. Se veía claramente que no se cuidaba de recibir la visita del enviado francés.

Yo vi a M. Besson y al Duque de Montebello en casa del Oónsul General de Francia M. de Martigny. Los diplomáticos estaban chocados por el poco caso que Bolívar hacía de ellos. No comprendían nada. Mientras el comisionado los atendía, el Jefe del Estado parecía no cuidarse de ellos.

Yo conocí la clave del asunto por medio de Pepe París, quien, no habiendo aceptado jamás un puesto oficial, era el amigo íntimo, el confidente de Bolívar. Este le decía que cómo sería de penoso y humillante para él, recibir en su miserable cuartel general los emisarios franceses, de los cuales el uno era hijo del Mariscal Lannes, una de las glorias del gran Imperio. Era, como se ve, un motivo de amor propio.

Los comisionados volvieron a Europa sin haber obtenido una audiencia del Libertador, sin haber sido autorizados para estar cerca de él, después de haber aguardado tanto.

Yo encontré en casa del Duque de Montebello uno de mis condiscípulos en el Liceo Imperial; habíamos estado en la clase sexta del Profesor Canene. Era un viejo dragón que le faltaba parte de la nalga derecha; se la había quitado una bala de cañón. El

bravo tenía, pues, una nalga de algodón, una especie de pelota. Se acostumbraba—uso muy humillante por cierto—arrodillarnos en la cátedra del Maestro cuando cometíamos una falta leve. El paciente, mientras el Profesor hablaba, se divertía clavando alfileres en la nalga de algodón. Sucedió que un niño castigado, equivocando el lado, hundió un alfiler en la verdadera nalga. Júzgnese lo que pudo acontecer.

---

## EL GENERAL SANTANDER

Por J. B. Boussingault.

Conservo de él un recuerdo poco agradable. Era Vicepresidente de la República cuando llegué a Bogotá. Un hombre buen mozo, de figura simpática, los ojos un poco oblicuos, denunciadores del indígena; culto, instruido y muy laborioso.

Había servido con distinción en la guerra de la Independencia, en la cual había hecho toda la campaña tanto en los llanos como en las cordilleras. Era, en toda la acepción de la palabra, un buen Jefe de Estado Mayor. Se le negaba el valor quizá injustamente. Así, se decía que en lo más álgido de la batalla de Boyacá, fué víctima de un cólico nefrítico que lo obligó a retirarse a una casa de donde salió cuando había terminado el asunto. A pesar de las murmuraciones, este cólico no era simulado pues él sufría de ellos frecuentemente. A su muerte se encontraron en su vejiga varios cálculos urinarios.

Santander acabó por conspirar contra Bolívar. Fué desterrado. Cuando yo iba a embarcarme para Nueva York, volvía a la América. Almorcé con él en su casa de Santa Marta y me dió noticias de sus amigos de París, Brongniart de Humboldt, Arago, etc.

---